

Card. Stanisław Ryłko
Presidente
Pontificio Consejo para los Laicos
Ciudad del Vaticano

El derecho a la libertad religiosa

El Presidente a los lectores
“Noticiario” n. 21/2010
Pontificio Consejo para los Laicos

En nuestro mundo, en el que tanto se habla de democracia, de derechos humanos y tolerancia, se está difundiendo rápidamente y en modo paradójico un fenómeno extremadamente preocupante: la violación del derecho a la libertad religiosa. En no pocos países se multiplican las manifestaciones de fanatismo y fundamentalismo de carácter religioso o laicista, como también serias discriminaciones de las minorías religiosas, si es que no se trata ya de verdaderas persecuciones. Es significativo que son cada vez más los cristianos los que son víctimas de estos actos de intolerancia y violencia. Incluso hay quien habla de una peligrosa difusión de una especie de «cristianofobia» y de un «nuevo anticristianismo» (R. Remond). Al umbral del tercer milenio de la era cristiana han regresado los mártires de la fe. Es un problema muy serio que merece una reflexión exhaustiva.

Entre los diferentes derechos de la persona humana, la libertad religiosa ocupa un puesto especial. El Concilio Vaticano II enseña que «todos los hombres han de estar inmunes de coacción, tanto por parte de individuos como de grupos sociales y de cualquier potestad humana, y esto de tal manera que, en materia religiosa, ni se obligue a nadie a obrar contra su conciencia, ni se le impida que actúe conforme a ella en privado y en público, sólo o asociado con otros, dentro de los límites debidos» (*Dignitatis Humanae*, núm. 2). El siervo de Dios Juan Pablo II ve en este derecho la «fuente y la síntesis» de todos los demás derechos de la persona humana y la prueba más creíble de su puesta en práctica (Cf. *Centesimus Annus*, núm. 47). Por este motivo, la difusión actual de la intolerancia religiosa en el mundo preocupa a todos y nos obliga a asumir al respecto una posición de una desaprobación clara y unánime.

En el ámbito del respeto del derecho a la libertad religiosa, merece una especial atención el continente asiático, donde viven dos tercios de la población mundial, cuya exigua minoría de ciento veinte millones es cristiana. Según el Informe 2008 sobre la libertad religiosa en el mundo, publicado por la asociación *Ayuda a la Iglesia que sufre*, de cincuenta y dos países asiáticos, en al menos treinta y dos de ellos la libertad religiosa es limitada o incluso negada. Durante el reciente Congreso del Laicado Católico de Asia, organizado por el Consejo Pontificio para los Laicos en Seúl (Corea), hemos escuchado testimonios impresionantes sobre el precio pagado por los cristianos por su fe en algunos países asiáticos. También la Asamblea especial para el Medio Oriente del Sínodo de los Obispos, que tuvo lugar en el Vaticano el pasado mes de octubre, nos recordó la situación especialmente delicada en la que viven los cristianos de Medio Oriente. En los últimos meses, la prensa mundial nos ha ido informando de la dramática realidad de los cristianos en Irak, donde la Iglesia católica se ha convertido en un verdadero objetivo de los grupos de terrorismo islámico radical. La opinión pública quedó profundamente turbada por el atentado terrorista contra la catedral siro-católica de Bagdad donde perdieron la vida cincuenta y ocho fieles, entre ellos tres sacerdotes. Y la ráfaga de los ataques anticristianos continúa. Pareciera que estamos presenciando una verdadera y particular “limpieza confesional” que se propone eliminar la presencia cristiana de aquellas tierras, en las que la Iglesia está presente ya desde hace dos milenios. De hecho, los obispos de las Iglesias de Medio Oriente denuncian esta estrategia insensata y hablan de una

“hemorragia” preocupante de los cristianos en aquella región, un hecho extremadamente grave también desde el punto de vista cultural.

Ante estos dolorosos episodios, el Papa y la Santa Sede no cejan en expresar su comunión y solidaridad con los cristianos que sufren a causa de su fe, intentando al mismo tiempo informar y sensibilizar a la opinión pública y los respectivos gobiernos sobre la gravedad de la situación. Benedicto XVI dijo recientemente: «Pienso en las muchas situaciones difíciles, como los continuos atentados que se cometen en Irak contra cristianos y musulmanes; en los enfrentamientos en Egipto en los que ha habido muertos y heridos [...]. Que nuestra oración al Señor y nuestra solidaridad lleven esperanza a los que se encuentran en el sufrimiento» (*Ángelus*, 5 de diciembre de 2010). Y en su última exhortación apostólica sobre la Palabra de Dios escribió: «Manifiesto la gratitud de toda la Iglesia por los cristianos que no se rinden ante los obstáculos y las persecuciones a causa del Evangelio. Y nos unimos estrechamente, con afecto profundo y solidario, a los fieles de todas aquellas comunidades cristianas, que en estos tiempos, especialmente en Asia y en África, arriesgan la vida o son marginados de la sociedad a causa de la fe» (*Verbum Domini*, núm. 98). Pero el Papa solicita también a los cristianos – de modo especial al laicado católico – a que se comprometa seriamente a favor de «la promoción de una auténtica libertad religiosa y de conciencia, uno de los derechos fundamentales de la persona humana que cada Estado debería respetar siempre» (*Homilía*, 24 de octubre de 2010).

Frente a estos hechos evidentes, después de un largo silencio, parece que también la comunidad internacional se haya despertado: el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas ha tomado explícitamente partido contra la persecución de los cristianos en Irak; el Parlamento Europeo – a su vez – ha aprobado una resolución que condena los masacres de los cristianos en Irak y compromete a los gobiernos de los países miembros de la Unión Europea a que hagan presión a Bagdad para que no se vuelva a repetir la violencia contra los cristianos. Pero, como hemos visto, Irak no es el único país donde se pisotea la libertad religiosa. Basta con recordar la violencia en algunos estados de la India, como Orissa o el caso de Asia Bibi en Pakistán, una cristiana condenada a muerte por blasfemia. Durante la reciente cumbre de la OSCE (Organización para la Seguridad y la Cooperación en Europa) en Astaná (Kazakhstan), el cardenal Tarcisio Bertone, Secretario de Estado Vaticano, recalcó con fuerza que «está ampliamente documentado que los cristianos son el grupo religioso más perseguido y discriminado. Más de 200 millones pertenecientes a diversas confesiones se encuentran en situaciones de dificultad a causa de estructuras legales y culturales. La comunidad internacional debe combatir la intolerancia y la discriminación contra los cristianos con la misma determinación con la que lucha contra el odio hacia los miembros de otras comunidades religiosas» (1 de diciembre de 2010). El principio de libertad religiosa y de conciencia vale por ello para todos y no se le puede negar a nadie.

Pero la intolerancia religiosa se está difundiendo también en nuestra vieja Europa que presume de ser la cuna de la democracia moderna. De ello habla ampliamente un detallado informe (Shadow Report 2005-2010), recientemente publicado por la ONG austriaca *Observatory on intolerance and discrimination against Christians in Europe*. Las formas de la violación del derecho a la libertad religiosa en nuestro continente son, en cambio, más sofisticadas e incluso se fomentan en nombre de la tolerancia. A veces surge la sospecha de que la agresión, la ofensa o la difamación de los cristianos en los medios de comunicación son considerados por la opinión pública como una cosa “normal”, un acto “políticamente correcto”. En realidad se trata de una intolerancia de nuevo tipo, la así llamada «tolerancia negativa», de la que ha hablado el papa Benedicto XVI en su reciente libro-entrevista con Peter Seewald *Luz del mundo*. Vale la pena recordar las palabras claras y esclarecedoras del Santo Padre: «Hay parámetros acostumbrados del pensamiento que se quieren imponer a todos. Así, pues, se los anuncia en la llamada “tolerancia negativa”, por ejemplo, cuando se dice que, en virtud de la tolerancia negativa, no debe haber cruz alguna en los edificios públicos. En el fondo, lo que experimentamos con eso es la supresión de la tolerancia, pues significa que la religión, que la fe cristiana, no puede manifestarse más de forma visible. Por ejemplo, cuando en nombre de la no discriminación se quiere obligar a la Iglesia católica a modificar su postura frente a

la homosexualidad o a la ordenación de mujeres, quiere decir que ella no debe vivir más su propia identidad y que, en lugar de ello, se hace de una abstracta religión negativa un parámetro tiránico al que todo el mundo tiene que adherir. [...] El hecho de que en nombre de la tolerancia se elimine la tolerancia es una verdadera amenaza ante la cual nos encontramos. El peligro consiste en que la razón – la llamada razón occidental – afirma que ella ha reconocido realmente lo correcto y, con ello, reivindica una totalidad que es enemiga de la libertad. Creo que hemos de presentar con mucho énfasis ese peligro. A nadie se le obliga a ser cristiano. Pero nadie debe ser obligado a vivir la “nueva religión” como la única determinante y obligatoria para toda la humanidad» (Págs. 65-66). Han sido proféticas las palabras del siervo de Dios Juan Pablo II que escribió en la *Centesimus Annus*: «Una democracia sin valores se convierte con facilidad en un totalitarismo visible o encubierto, como demuestra la historia» (Núm. 46).

¿Cuál es entonces la conclusión de nuestras reflexiones? La libertad es un don del Creador que le confiere a la persona humana una extraordinaria dignidad, pero es, al mismo tiempo, un desafío, una tarea que requiere un compromiso permanente y responsable para que no se pierda. La libertad exige el valor de ser en el mundo, a ejemplo de nuestro Maestro, un «signo de contradicción» (Cf. *Lc* 2, 34). Tenía razón el filósofo ruso Nikolaj Bierdiajev cuando escribió que para un cristiano la libertad no es sólo un derecho sino un deber.